

Noticias, Buenos Aires, 23.09.2000

El efecto Sánchez

Por Pablo Ingberg

Nunca agradeceré lo suficiente a Liliana Heer por haberme presentado a Néstor Sánchez en 1988. Yo había oído su nombre en algún círculo literario, y encontrado un ejemplar de *Nosotros dos* (1966), su primera novela, en alguna mesa de saldos. Mi impresión juvenil, al leerlo, fue que se trataba de un Cortázar mejorado: la lengua rioplatense, con resonancia a tango, elevaba su armonía.

Luego, a veces gracias a datos aportados por amigos, fui consiguiendo en una librería de viejo, un sótano y una mesa de saldos las otras tres novelas de Sánchez, en sus ediciones de Sudamericana y Seix Barral. No recuerdo a qué altura de mis lecturas lo conocí personalmente. Sí recuerdo mi impresión, que refrendo hoy, ante *Siberia blues* (1967), su segunda novela: Néstor Sánchez era (es) el Charlie Parker de la lengua rioplatense; alguien que maneja su instrumento (esa lengua) inspirado por una fuerza superior, y lo toca con todo su cuerpo, con toda su vida.

Sus otras dos novelas, *El amor, los orsinis y la muerte* (1969) y *Cómico de la lengua* (1973), significaron para mí una experiencia que jamás se repitió: la intensidad de la escritura era tal, que era imposible sostener la lectura más allá de unas pocas páginas por vez.

Los relatos de *La condición efímera* (1988) no tuvieron la recepción que merecía uno de los más extraordinarios autores que hayan nacido en Argentina. Sus novelas, que marcaron a muchos escritores que comenzaban su carrera a fines de los '60 y principios de los '70, no se reeditan. Padecen la "censura del mercado". Se priva a los jóvenes de conocer algunas de las mejores páginas de nuestra prosa. La justa indignación por la muerte de un Favalaro no impide que otros sigan padeciendo en vida la misma falta de reconocimiento.

*Escritor, autor de Camino a Damasco
y Diario de un misógino*